

An illustration of a boy sliding down a water slide. The slide is shaped like a large, smiling fish. The boy is at the top of the slide, looking down. At the bottom of the slide, another boy is looking up with a surprised expression. The water is blue and contains several smaller fish and bubbles. There are green plants and butterflies around the slide.

# JUAN \* SIN \* MIEDO

Nº3





**UVadivulga**  
Unidad de Cultura Científica  
Universidad de Valladolid



EDICIONES  
Universidad  
Valladolid

Con la colaboración de:



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE CIENCIA  
E INNOVACIÓN

**FECYT**  
INNOVACIÓN



# JUAN \* SIN \* MIEDO Nº3



**É**rase una vez un joven agricultor muy valiente llamado Juan que no tenía miedo ni a nada ni a nadie. Incluso desde pequeño siempre había sido así. Cuando los otros niños se asustaban al ver a un perro fiero o decidían esquivar a un gato negro, Juan no tenía miedo en acercarse y acariciarlos.

Cuando creció, su valentía se hizo aún más evidente, ya que arriesgaba su vida constantemente, y sin inmutarse. Una vez, mientras caminaba por el bosque, se encontró con un compañero de clase que estaba siendo arrastrado por un caudaloso río y pedía ayuda a gritos. Aunque todos los allí presentes habían renunciado a arriesgarse y rescatar al joven en apuros, Juan no se acobardó y se sumergió en las aguas turbulentas sin dudarlo. Con habilidad y destreza logró superar todos los obstáculos que le propuso el río, agarró al chico y lo llevó a la orilla. Una vez allí, Juan se dio cuenta de que no respiraba, por lo que tenía que hacer algo rápidamente para salvar su vida. Fue entonces cuando recordó una técnica que había aprendido sobre la maniobra de reanimación en una de las pocas clases a las que pudo acudir cuando estaba liberado de sus tareas de labranza. *La maniobra de reanimación era una técnica que se utilizaba para ayudar a una persona que no estaba respirando. Primero colocó al joven en el suelo y comprobó si respiraba. Al ver que no lo hacía, situó sus manos sobre su pecho y empezó a hacer compresiones torácicas, que era como dar un masaje en el pecho, pero más fuerte y con más rapidez. Esto ayudaba a mover el aire dentro y fuera de los pulmones y que su corazón se recuperara.* Así, el chico reaccionó y empezó a respirar de nuevo. Ambos se miraron entre la sorpresa y el rubor, y Juan se sintió muy orgulloso de haber puesto en práctica aquello que había aprendido en clase. Eso sí, una vez pasada la euforia, la tristeza le invadió, ya que, a pesar de haber vivido una situación límite y muy peligrosa, no había experimentado un solo ápice de miedo.



Ya de vuelta en su casa, su madre le vio triste. *Juan siempre había vivido en el pequeño pueblo de Odeim, situado en un extenso valle verde con forma de 'U'. El valle tenía un fondo llano y estaba rodeado de montañas y altas paredes verticales. Ese fondo estaba un poco inclinado hacia el río que en este caso daba nombre a la aldea.* Su vida era sencilla y tranquila, pese a las estrecheces económicas, pero sentía que todo aquello se le quedaba pequeño y necesitaba conocer más allá de los límites de su pueblo. Fue entonces cuando su madre le dijo: “Hijo mío, sé que siempre has querido conocer mundo y disfrutar de aventuras, así que aquí tienes mis pocos ahorros. Tómalos, viaja por nuevas tierras y aprende todo lo que puedas”, le dijo. El joven cogió la bolsa de tela llena de monedas mientras su mamá hablaba. “La vida, a veces, puede ser muy dura, pero sé que tú eres valiente y podrás superar cualquier obstáculo. No tengas prisa en experimentar el miedo, porque al final, todo llega”, sentenció su madre. Le daba pena su marcha, sobre todo por dejar sola a su madre, pese a que era una mujer fuerte e independiente. Lo sabía bien, ya que junto a ella había crecido y trabajado codo con codo para sobrevivir. Además, la gran mayoría de lo que conocía sobre la vida, lo había aprendido de ella. Finalmente, inundado por una mezcla de emociones, Juan decidió partir, pero no sin antes devolver la bolsa de monedas a la mesilla de noche de su madre, para que esta pudiera vivir más desahogadamente en su ausencia.



De esta manera, nuestro protagonista arrancó su viaje sin fijarse un destino. Durante su travesía se enfrentó a numerosas situaciones que a cualquier otra persona le hubieran asustado, pero no a él. Una noche heladora decidió resguardarse en una cueva, pero no sin antes mirar al firmamento para saber hacia dónde dirigirse. Siempre había sentido especial interés por la astronomía, la ciencia que estudia los cuerpos celestes que conforman el universo, y que no son otros que los planetas, sus satélites, los cometas y muchos más. A él lo que más le gustaba eran las estrellas, brillantes e infinitas. *Sabía que para orientarse por la noche era necesario encontrar la Estrella Polar en la constelación de la Osa Menor, esa tan famosa con forma de carro, y que nos marca el Norte siempre que nos encontremos en el hemisferio Norte, ya que desde el hemisferio Sur no es visible. Por eso había que tener en cuenta los hemisferios, que son cada una de las partes en las que está dividido el planeta Tierra, a partir de unas líneas imaginarias que lo dividen por la mitad. España, por ejemplo, estaba en el hemisferio norte, y Australia, en el sur.*





*Una vez se hubo orientado, Juan decidió por fin entrar en la cueva más oscura y aterradora, introduciéndose entre los estrechos huecos y largas galerías de rocas de caliza, para explorarla y echar una cabezadita.*

Mientras iba avanzando se encontró con una familia de osos enfadados ante la entrada de un intruso. El chico mantuvo una calma infranqueable y pensó rápidamente en cómo salir de allí. Se le ocurrió la idea de ofrecerles algo de comida que llevaba encima. Los osos se calmaron y Juan caminó hasta

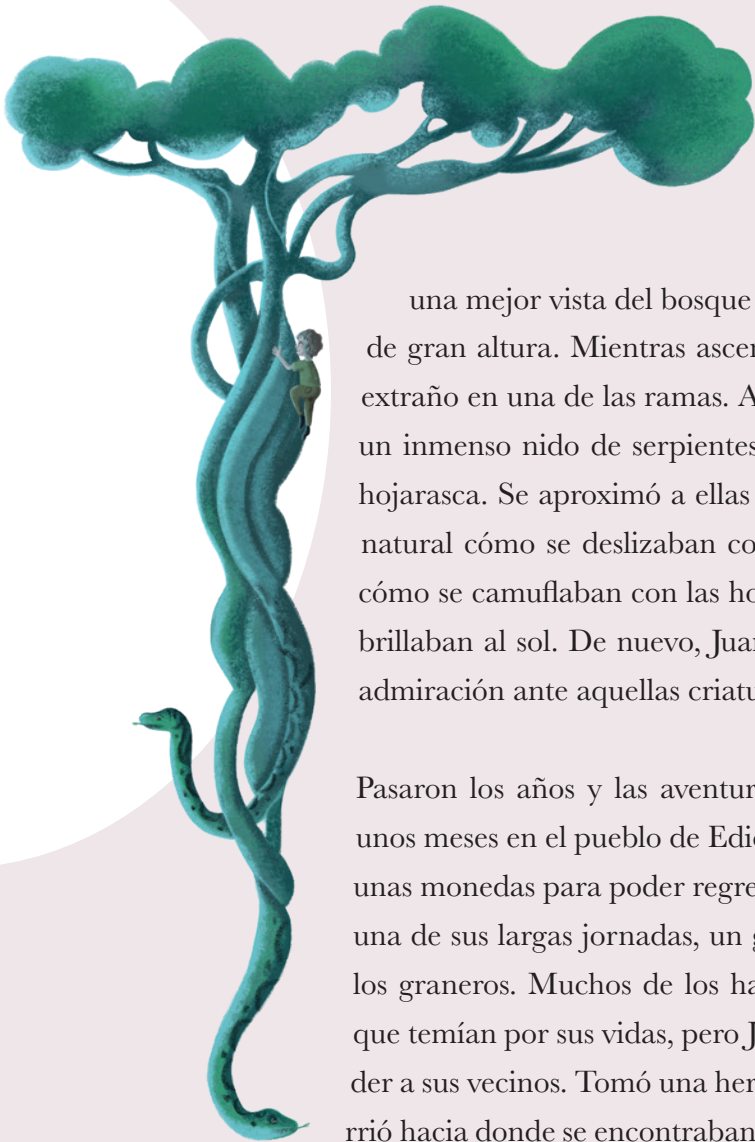
la salida de la cueva como si nada, sin sentir una pizca de miedo. Otro día, mientras paseaba por el bosque, Juan se encontró con un gran árbol de ramas retorcidas que se extendían hacia el cielo. Intrigado, el joven decidió escalarlo para tener

una mejor vista del bosque pese a que podría sufrir una caída desde gran altura. Mientras ascendía por el tronco del árbol, notó algo extraño en una de las ramas. Al acercarse, se dio cuenta de que había un inmenso nido de serpientes<sup>1</sup> de color verde brillante debajo de la hojarasca. Se aproximó a ellas y comenzó a observarlas en su hábitat natural cómo se deslizaban con elegancia y agilidad sin tener patas; cómo se camuflaban con las hojas; y la manera en la que sus escamas brillaban al sol. De nuevo, Juan no sintió el más mínimo miedo, solo admiración ante aquellas criaturas.

Pasaron los años y las aventuras y Juan terminó residiendo durante unos meses en el pueblo de Ediom, trabajando las tierras para ganarse unas monedas para poder regresar de vuelta a la casa de su madre. En una de sus largas jornadas, un grupo de bandidos comenzó a saquear los graneros. Muchos de los habitantes del pueblo se escondieron ya que temían por sus vidas, pero Juan decidió enfrentarse a ellos y defender a sus vecinos. Tomó una herramienta de labranza como arma y corrió hacia donde se encontraban los bandidos, quienes se sorprendieron al ver a un único joven desafiándolos. A pesar de estar en inferioridad numérica, Juan luchó valientemente contra los maleantes, logrando derribar a varios de ellos, y que el resto finalmente se retirara impresionados por su

---

1. La bejuquilla verde '*Oxybelis fulgidus*' es una serpiente de ese mismo color, por lo que es fácil confundirla con las hojas de los árboles en los que habita.



valentía y determinación. Los habitantes del pueblo lo aclamaron como a un héroe y le agradecieron su coraje con víveres y manjares. A partir de entonces se le conoció como Juan Sin Miedo.

Pese a esa falta de miedo, el joven estaba lejos de ser invencible, y su gran hazaña le costó una fea herida en la pierna, por lo que entre varios lugareños le llevaron a un primitivo hospital. Allí conoció a Pedro, un joven enfermero, que cuidó de él hasta que estuvo completamente recuperado. Mientras conversaban de todo un poco, Juan le contó sobre su condición de no experimentar miedo y cómo esto le había ayudado a enfrentar diversas situaciones peligrosas en su camino.

Pedro, con un amplio conocimiento sanitario, sospechó que algo no andaba bien. Le explicó que esa condición no era común y le recomendó visitar a una médica para que le realizaran algunos exámenes. Después de examinarse en varias pruebas, Juan recibió un diagnóstico impactante: *tenía una enfermedad genética<sup>2</sup> que afectaba a su amígdala, la parte del cerebro que controlaba emociones como la alegría, el amor o la ira. Este mal no bloqueaba ningún otro tipo de sentimiento exceptuando el miedo, por eso Juan no reaccionaba a las amenazas que había experimentado. Por fortuna, podría vivir con esta dolencia. Lo peligroso eran las malas decisiones que podría tomar por la falta de miedo.* Al principio, Juan se sintió abrumado y preocupado, pero Pedro, con su experiencia y cariño, le explicó que su enfermedad no era una maldición, sino una característica que le otorgaba una habilidad especial. “El miedo es una emoción importante, ya que nos permite estar alerta. En tu caso, sabes enfrentar el peligro sin sentirlo, pero ahora debes aprender a ser prudente y evitar situaciones peligrosas, ya que podrías lastimarte sin apenas darte cuenta. Probablemente nunca llegues a experimentar miedo, aunque puede haber una situación muy concreta que te permita sentir esta emoción”, le explicó el joven. Juan comenzó entonces a reflexionar sobre su vida y se dio cuenta de que había estado arriesgándose de manera innecesaria todo este tiempo. En ese momento decidió volver a casa y reencontrarse con su madre.



---

2. Esta dolencia se conoce como la enfermedad de Urbach-Wiethe.



Tras un tortuoso camino de vuelta llegó al que un día fue su hogar, pero notó que algo extraño estaba sucediendo. Llamó a la puerta varias veces y nadie respondió. Juan empezó a preocuparse y se puso en lo peor. Desesperado, intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Decidió entonces ir a buscar ayuda y se acercó a la casa del vecino para preguntarle si había visto a su madre. Mientras esperaba, se dio cuenta de que estaba temblando, algo que nunca había sentido antes. Por primera vez en su vida, Juan estaba experimentando el miedo. Finalmente, su vecino le ayudó a abrir la puerta y Juan entró en la casa. Al principio nadie estaba allí, hasta que pasado un rato su madre apareció confundida y sorprendida a partes iguales con su vuelta. “¡Mamá, pensé que te había perdido!”, exclamó aliviado. Esta le explicó que había estado trabajando en el huerto y no había escuchado sus gritos. Juan sintió una gran alegría al reencontrarse con su madre tras tantos años y más después de imaginarse que se había marchado para siempre.

Tras experimentar el miedo por primera vez en su vida, Juan entendió que ese sentimiento y el amor estaban estrechamente relacionados, ya que el miedo surge cuando tenemos algo que valoramos y queremos proteger. El mejor ejemplo era el de su madre. En sus ojos vio la preocupación el día que él se marchó, pero esta le dejó ir para que su hijo viviera sus propias aventuras, precisamente porque le quería. Ese era el mismo miedo que sufrió Juan al no encontrarla a su llegada. “Hijo, espero que a lo largo de estos años hayas aprendido que tu valentía no residía en la falta de miedo, sino en tu disposición a enfrentarte a los desafíos, en tu conocimiento y en tu ánimo de ayudar a la gente”, reflexionó su madre mientras se fundían en un abrazo eterno.

